



REFLEXIONES

PARA LA CONSTRUCCION

DE UNA ALTERNATIVA

PERONISTA MONTONERA

AUTENTICA



INTRODUCCION

I - INTRODUCCION

II - ALGUNAS ACLARACIONES NECESARIAS

- 1 - Por qué nos dirigimos al conjunto de los compañeros del Peronismo Montonero.
- 2 - El por qué de nuestro pronunciamiento.
 - Por qué de esta forma
 - Por qué en este momento

III - EL DESENCADENANTE INMEDIATO DEL PRONUNCIAMIENTO

- 1 - La « contraofensiva »
 - Triunfalismo y derrotismo
- 2 - La explicación a una propuesta descabellada
 - Los antecedentes
 - Algunas de las cuestiones políticas a resolver para plantear cualquier contraofensiva
 - El contexto para una ambición imposible



IV - EL ORIGEN IDEOLOGICO DE LOS ERRORES

- 1 - Presentación
- 2 - La concepción antidemocrática
- 3 - El sectarismo
 - El aparatismo, el dinero y un modelo de organización
- 4 - El militarismo

V - EL VERDADERO OBJETIVO DE LA CONTRAOFENSIVA DE LA « CONDUCCION »

- 1 - Una propuesta de contraofensiva, militarista, foquista y putchista
- 2 - El intento de resolver el insoluble problema de su irrepresentatividad
- 3 - Las objeciones planteadas por nosotros
- 4 - La respuesta de la « conducción »
- 5 - La única explicación : la negociación
 - Maniobra táctica, ¿ pero de qué estrategia ?
 - Negociar, ¿ cómo y qué ?

VI - EL DESARROLLO HISTORICO DE CONCEPCIONES INCORRECTAS

- 1 - La ausencia de un proyecto
 - Organización revolucionaria y transformación revolucionaria, dos cuestiones que no pueden plantearse separadas en el peronismo
- 2 - El problema de la unidad del movimiento peronista
- 3 - Una respuesta incorrecta al problema de qué organización revolucionaria construir y cómo hacerlo
- 4 - La violencia utilizada para resolver las contradicciones en el campo del pueblo y como herramienta para lograr la hegemonía

VII - NUESTRO PRONUNCIAMIENTO FAVORECE AL CAMPO POPULAR

- 1 - No hay división en las fuerzas populares
 - ¿ Qué hacer ?
- 2 - Nuestro pronunciamiento libera las potencialidades revolucionarias del peronismo montonero

INTRODUCCION

En las postrimerías de la década del 60, bajo la dura realidad de la pauperización que impuso la política oligárquica, las capas medias concluyen su larga marcha hacia la nacionalización definitiva, que se expresa en la asunción de una alianza objetiva con la clase obrera.

Esta larga marcha que la lleva, partiendo del gorilismo del 55 al voto masivo al peronismo en el 73, está signada por la radicalización puesta de manifiesto en su participación codo a codo con el proletariado joven en la lucha que éste encabeza contra la dictadura de Onganía — Levingston — Lanusse.

En el marco del complejo y contradictorio proceso que constituye la crisis estructural del capitalismo dependiente argentino, un sector de la juventud, fundamentalmente de extracción universitaria, actuando como vanguardia ideológica de la pequeña burguesía, gesta la experiencia de la guerrilla. Este fenómeno conoció dos vertientes fundamentales, una proviniente de las formaciones de la izquierda clásica, intentó transitar el camino hacia la construcción de una izquierda revolucionaria.

La otra, surgida en general del mismo origen político, o del social-cristianismo radicalizado, converge con la corriente revolucionaria del peronismo. La expresión más notable de este último proceso es su alianza explícita con la Juventud Peronista, alianza bendecida por el propio General Perón.

En el panorama de la Tendencia, frustrada la experiencia de la C.G.T.A., la práctica militar aparecía como el horizonte luminoso, la panacea que venía a rescatar a la corriente revolucionaria de su crónica incapacidad para construir una organización única, que le permitiera plantearse como alternativa dentro del Movimiento Peronista.

La lucha armada era la verdad revelada que señalaba el camino de la salvación, y sus ejecutores, los prestigiosos sacerdotes que podían conducir a todos por ese camino. Esta perspectiva, sumada a la efervescencia y capacidad movilizadora de la emergencia juvenil, hicieron el resto. Nadie se sustrajo al magnetismo de su influjo, pero tampoco nadie se preguntó, qué ideología alumbraba al puñado al que todos generosamente subordinaban las organizaciones de masas que conducían. ? Qué modelo tenían para la organización del poder popular ? Qué conocimiento directo tenían del Movimiento Peronista, de su práctica de masas, de los niveles de desarrollo de la violencia popular alcanzados por la clase obrera en la resistencia ? ¿ Qué estrategia alentaban los, hasta ayer, foquistas empedernidos ? Qué experiencia real habían desarrollado de lucha armada cuando llegó la tabla salvadora de las elecciones ? En síntesis, cuál era el proyecto que sustentaban ?

Una respuesta acertada, si no a todos, a algunos de estos interrogantes, hubiese permitido construir un proyecto que supusiese por lo menos otro modelo de poder interno, y que habría sin duda evitado la pesadilla de los errores reiterados hasta la destrucción. O hubiera ahorrado presenciar el paradójico cuadro de

los campeones de la « antiburocracia » convertidos en un puñado ensangrentado de burócratas blindados. Pero ésta es ya otra historia.

El fenómeno de la convergencia en los Montoneros sintetizaba más de quince años de anhelos, y resultó imparable, disimulando los tempranos desaciertos de la naciente conducción, que por otra parte nadie conocía.

El grueso de quienes hoy hacen o tratan de hacer política en el Movimiento Peronista, ha estado de una forma u otra, con mayor o menor grado de compromiso, ligados a ese proceso que nosotros denominamos convergencia, proceso del que surgió la otrora poderosa organización Montoneros. En seis años esta organización recorrió una parábola que la llevó a la situación actual.

Como un aporte que intenta reflexionar críticamente sobre las vicisitudes por las que transitó el grueso de una generación, se redactó este trabajo. Puede, en las presentes circunstancias, adoptarse dos actitudes : renegar absolutamente de la experiencia realizada, alentando la expectativa ingenua de que todos se olviden de esa suerte de « pecado », con la esperanza puesta en que la amnesia afecte particularmente a quienes se enfrentó en el Movimiento, y soñar quizás que se oxide la larga memoria de los organismos de represión para intentar beneficiarse de una precaria legalidad. O, por el contrario, asumir las responsabilidades sin preocuparse por los mezquinos prorrates, tomando en cuenta la única opinión que importa : la de las masas, o sea, la de las bases peronistas, destinatarias últimas de este documento que pretende colaborar en la búsqueda de respuestas que permitan orientar la lucha. Esta es la perspectiva militante en la que se inscriben quienes lo redactaron.

En homenaje a todos los que cayeron por la liberación nacional y social de nuestro pueblo, lo dedicamos a quien hoy mantiene altas las banderas de la Resistencia : la clase obrera argentina.

Lo hacemos con la convicción que únicamente la verdad ilumina el sendero de la victoria.

9 de junio de 1979

- Rodolfo Galimberti
- Juan Gelman
- Pablo Fernández Long
- Héctor Mauriño
- Julietta Bullrich
- Miguel Fernández Long
- Victoria Vaccaro
- Claudia Genoud
- Silvia Di Fiorio

Quiero hacerles llegar con estas líneas mis expresiones de adhesión y compromiso con el presente documento.

Párrafo extractado de la carta enviada por el compañero Raúl Magarío, a los autores de este documento.



I — ALGUNAS ACLARACIONES NECESARIAS

1 — Por qué nos dirigimos al conjunto de los compañeros del Peronismo Montonero —

Hace ya mucho tiempo que la pertenencia o no a la Organización Político-Militar (O.P.M.) hoy denominada Partido, o los grados dentro de ésta, profundizando un vicio de origen, que la práctica burocrática cristalizó definitivamente, no sólo no expresa la mayor o menor capacidad política, el mayor o menor espíritu de sacrificio, lo que bastaría para impugnar toda la estructura organizativa por irrepresentativa e injusta, sino que, más aún, la pertenencia a la O.P.M. y los grados en ésta no constituyen la representación fiel de los que producen las ideas, ni de los que resuelven los problemas, ni de los que asumen los riesgos. Es que la destrucción de la Organización con la muerte de sus mejores hombres, sacrificados estérilmente, ha reducido lo que hoy se llama « Partido » a una verdadera logia. Desde la conducción de ésta, los jefes del « aparato » han concebido al Movimiento Peronista Montonero como una prolongación de la teoría del « colaborador » — extraída sin duda de su pasado foquista —, colaborador al que se pide todo pero al que no se le da nada, ni explicaciones. El resultado es que lo que se denomina Movimiento se reduce a una verdadera franja de « colaboradores » que, como decía Martín Fierro: « DENTRAN en todas las listas menos en las de cobrar. » Salvo que le demos a « cobrar » una acepción más moderna.

Esto no es más que una de las manifestaciones del elitismo, pero si el elitismo es en sí mismo un mal, cuando la pretendida élite es ignorante, prepotente y sospechada de reticente a asumir el riesgo que sus propias propuestas genera, se vuelve definitivamente insoportable.

Por eso, quienes firmamos al pie de este documento estamos convencidos que la forma de terminar con la escandalosa explotación interna de las capacidades y de las entregas individuales, que se ejerce desde la conducción de la O.P.M., es que los compañeros honestos del peronismo montonero que aún militan vinculados a esas estructuras se nieguen a someterse a la diferenciación entre « partido » y Movimiento.

Nosotros, al dirigirnos al conjunto, somos consecuentes con la lucha que hemos librado por borrar una división artificiosa que lo único que persigue es garantizar la hegemonía de la conducción del denominado « partido ». Nuestro comunicado de prensa del 22 de febrero fue el resultado de la decisión de hacer pública una lucha que dejaba de ser interna, porque quienes lo suscribimos estamos convencidos que la

noción de « interno », tal como se la maneja en la organización, quiere decir oculto, escondido de las masas. El secreto en estas cuestiones, lejos de estar fundado en un problema de seguridad — una seguridad que ya ha sido corroida por la sífilis de la delación — beneficia únicamente a los manejos autoritarios de la conducción. La lucha que hace pública el pronunciamiento del 22 de febrero se ha librado a lo largo de varios años dentro de la fuerza, antes organizada en O.P.M. y agrupaciones de masas, hoy en « partido » y Movimiento. Varios años en que esta lucha tuvo distintas manifestaciones, que fueron prolijamente ocultadas por la denominada « conducción nacional ».

La derrota militar y la consecuente desarticulación organizativa a partir del golpe, con la eliminación de las cabezas visibles de la oposición interna, disolvió la posibilidad de profundizar el cuestionamiento que ya estaba claro a fines de 1976.

Los núcleos de la oposición, dispersos, aislados, y convenientemente dejados sin recursos por la « conducción nacional », fueron exterminados por la ofensiva de la dictadura.

Algunas de las traiciones espectaculares y de las defecciones de la lucha revolucionaria, supuestamente inexplicables — que no justificamos e igual condenamos —, deben entenderse en este marco francamente desmoralizante.

Lo que nos interesa dejar sentado aquí es que el Pronunciamiento no es un rayo en un cielo sereno, como pretende presentarlo la conducción. La lucha interna existió, aunque pudieron ahogarla mediante el manejo centralizado de los recursos y la información, en una organización clandestina donde prácticamente no existían ámbitos internos donde sintetizar la diversidad de la experiencia colectiva.

Pudieron ahogar la lucha interna en una objetiva complicidad con la represión de la dictadura.

Por eso, la letanía falaz de la « conducción » afirmando que no discutimos antes de la ruptura, pretende ocultar que esta es la culminación de un largo proceso de lucha por la democracia, por la participación, por la asunción de una línea que contemple los intereses concretos de las masas, en síntesis, por que el pueblo peronista sea dueño de sus organizaciones revolucionarias.

Prentende ocultar que la discusión se dio hasta donde fue posible en una organización que está visto — con la resolución que sacaron como respuesta al pronunciamiento — cómo resuelve sus contradicciones.

2 — El por qué de nuestro pronunciamiento

La teoría oficial de la « conducción » es que el pronunciamiento se debe a la negativa a cumplir la orden recibida de regresar al país por parte de cuatro compañeros, eventualmente cinco y/o para « hurtar » 68.750 dólares. Y no por oponerse a una concepción de la contraofensiva que es la coronación de una política desacertada que caracterizamos en nuestro comunicado del 22 de febrero, y cuyas manifestaciones hemos venido combatiendo en nuestros últimos años de militancia en Montoneros, junto con otros compañeros que se han ido antes o han caído en el curso de este doble combate.

La teoría de la « conducción » no explica por qué se pronuncian con nosotros compañeros que están en el exterior, o por qué lo hacen quienes, estando en el exterior, no habían recibido la orden de regresar al país, y finalmente no explica por qué los que firman el pronunciamiento sí vuelven al país, pero a hacer otra política.

Es que la mentalidad de la « conducción » es mitrista y no montonera, y pretende combatimos de acuerdo a un modelo que puede explicarse parafraseando el sibilino consejo de Mitre a Sarmiento, o sea: « negamos el carácter de opositores políticos, haciéndonos una guerra de policía ».

La resolución n° 045/79 de fecha del 10 de marzo (sic), que sería una humorada si no incurriera en la delación y manifestara la decisión de asesinarnos, cita el Evita 23 (órgano oficial del « partido ») como prueba de que la contraofensiva tiene « la aprobación por unanimidad del Consejo Nacional del Partido ». Este lenguaje pseudo-democrático no debe confundirnos. El llamado « Consejo Nacional del Partido » son ocho personas elegidas por la misma « conducción », y de las cuales dos se acaban de integrar a esa « conducción ». En la misma resolución, como fundamento central de la contraofensiva, se dice textualmente que: « los trabajadores y el pueblo argentino no tienen más remedio (sic) que avanzar en su lucha ». Este argumento « del no tienen más remedio » se repite insistentemente en los últimos documentos, desnudando la verdadera ideología de los iluminados que los escriben.

Si entrar a considerar en profundidad ni la resolución mencionada, de estilo y espíritu de sumario policial, ni la deliciosa pieza política que constituye la condena de la « Mesa Ejecutiva » del M.P.M., observemos sin embargo que no responden a ninguno de los cuestionamientos que formulamos en nuestro comunicado. Por otra parte, sobre nueve miembros de la « Mesa Ejecutiva » del M.P.M. sólo dos no son miembros del « partido »; sin embargo, como este documento fue firmado posteriormente por algunos otros integrantes del Consejo Superior que, según dijeron, fueron presionados para hacerlo, queremos preguntarnos: ignoran o se olvidan Uds. que no tienen un solo hombre organizado en el país, cuando afirman pomposamente que irse del M.P.M. constituye « una auténtica desertión de las fuerzas políticas y sociales que han desarrollado la resistencia y que en la actualidad se aprestan para la contraofensiva » (sic) ?



Por qué de esta forma.

Cuando se lamentan democráticamente de que no discutimos en las reuniones de Rama y de Consejo Superior, alguna vez se preguntaron en serio dónde se toman las decisiones que Uds. lo único que hacen es aprobar, a veces sin ni siquiera conocerlas? ¿Vamos! ¿O es que recién ahora descubren que todo miembro del llamado « partido » que está en el M.P.M., está sometido a una disciplina explícitamente definida como superior! Dicha disciplina se hace efectiva a través de la trampa del doble ámbito de encuadramiento, y es en el ámbito del llamado « partido » donde se decide absolutamente toda su conducta política. O es que debemos creer que han perdido repentinamente la memoria y que no recuerdan que en la reunión de Consejo Superior de cuatro días de duración, tres días y medio se discutió la modificación del reglamento para aumentar el control del Secretario General sobre el Consejo, y luego, en el último medio día, aprobaron una contraofensiva con absoluta irresponsabilidad, porque ni siquiera conocen sus planes concretos ni sus formas de ejecución? Más que en la amnesia debemos creer que Uds. la aprobaron porque, total, no participaban en ella, y ahora, como auténticos generales de retaguardia, les disgusta que algunos « de estos muchachos que iban a hacer lío al país », aparte de hacer lío, piensen. En cuanto al silencio que guardamos respecto de algunas cuestiones antes de nuestra ruptura con la O.P.M., silencio que tanto los escandaliza, ¿van a decir que Uds. ignoran que era la única manera que teníamos de evitar nuestro asesinato?

Por otra parte, ¿cómo pueden pedir formas democráticas en una organización que saben y aceptan esencialmente antidemocrática? La forma en que rompimos era la única posible, finalmente; menos lágrimas de cocodrilo, que el disfrute de esta suerte de primavera de Praga que les permite hablar, es gracias a las condiciones internas temporarias que generó nuestro pronunciamiento.

Por qué en este momento.

Agotadas todas las posibilidades de modificar una política, nos fuimos en ese momento porque no hacerlo representaba efectivamente traicionar el espíritu de sacrificio puesto de manifiesto por el pueblo argentino en la resistencia: el sacrificio de los miles de compañeros del peronismo montonero, con ellos nuestros queridos amigos y familiares que cayeron por una concepción amplia y generosa, que nada tiene que ver con el plan mezquino con el que la « conducción » de la O.P.M. pretende encaramarse en el esfuerzo del conjunto, para después negociar.

Llevar adelante su plan que es, en realidad, una gigantesca provocación que pretende colocarlos en situación de negociar, supone poner en riesgo las verdaderas posibilidades que surgen del agotamiento de la dictadura, y de la potencia y la envergadura de la resistencia popular, encabezada por la clase obrera. Potencia y envergadura real que quedó demostrada en la última huelga general del día 27 de abril, que no la llamó ni la condujo el M.P.M. o la O.P.M. precisamente.

II — EL DESENCADENANTE INMEDIATO DEL PRONUNCIAMIENTO

1 — La « contraofensiva »

En la descripción de la situación de la dictadura, quien más quien menos, todos están de acuerdo en que su proyecto — salvo en la oligarquía — no ha logrado hacer pie en ningún sector social. Se observa también que la oposición de las fuerzas políticas tradicionales crece día a día, mientras que aumenta su desprestigio internacional. Todo esto conforma un panorama que ha favorecido el desarrollo de líneas internas contradictorias en el propio seno de las Fuerzas Armadas.

Sin embargo surgen dudas acerca de si el plan de Martínez de Hoz fracasó o no. Como posible síntesis sobre esta contradicción nosotros creemos que en lo económico, salvo en algunas áreas específicas, alcanzó el grueso de sus objetivos, pero a un costo social que genera condiciones políticas para consolidar la resistencia en el campo popular, tomando como eje la acción de la clase obrera.

Todos concuerdan también en que la profundización de la lucha social, no sólo desgasta a la dictadura porque le pone límites a la concreción de sus objetivos, sino que también, y fundamentalmente, es el camino que garantiza la acumulación de fuerzas, porque todas las luchas, aun en las difíciles condiciones en que se libran, dejan un saldo positivo en conciencia y organización.

También se acuerda en que la oposición al plan Martínez de Hoz va redibujando la perspectiva de un frente, en el que el peronismo tiene un papel protagónico.

A esta altura de las coincidencias en el análisis, todos concluyen que es menester hacer algo para reagrupar, reorganizar, y encolumnar a las fuerzas populares con vistas a posibles formas de contraofensiva. Pero es aquí, exactamente aquí, donde surgen las discusiones en torno a qué es ese algo y cómo hacerlo.

La primera contradicción con los análisis oficiales se nos planteó respecto del balance de la resistencia y del papel desempeñado por el peronismo montonero en ésta. En especial, con respecto a la supuesta conducción que ejercería la superestructura del M.P.M., y, en particular, a la función de vanguardia de la clase obrera que cumpliría la O.P.M. hoy llamada « partido ». Por otra parte, estaba la cuestión del manejo de la información. Nosotros estábamos convencidos de la necesidad de acortar las distancias entre las manifestaciones públicas y las evaluaciones hechas en los ámbitos internos respecto del estado de

la fuerza organizada, máxime cuando la dictadura conocía y conoce la situación, y el tono de las primeras únicamente introducía confusión en la potencial fuerza propia.

La tesis oficial sobre la situación de la O.P.M., después de tres años de ofensiva dictatorial, así como la de la importancia de su participación en la resistencia, se halla expuesta en el mismo Evita Montonera 23, antes citado, del cual hemos extraído algunos párrafos textuales porque son sumamente ilustrativos. En la página 8 se afirma :

« O sea que ahora que los hemos frenado y desgastado, los tenemos que atacar para empujarlos al abismo ; cuanto antes lo hagamos, más esfuerzos nos ahorraremos » (...) *« Como en el boxeo, cuando se ha desarmado la guardia del rival, hay que correrlo por todos los rincones descargando la máxima cantidad de golpes posible ; antes que suene la campana y se vaya al rincón a reponerse de la paliza recibida. »*

Más adelante se evalúa el resultado de la lucha que libra el conjunto del pueblo contra el proyecto de la dictadura — lucha que en el análisis se la reduce al enfrentamiento entre la O.P.M. y la estructura de la represión — en estos términos :

« El brillante desempeño del Comandante Mendizábal al frente de la Jefatura del Ejército Montonero es destacado por el Comandante Firmenich, quien lo felicita y expresa el agradecimiento en nombre del conjunto del Partido por el rol cumplido por las fuerzas militares a su mando en la detención de la ofensiva enemiga. Al propio tiempo le desea los mismos éxitos en su nueva tarea. »

Párrafo que es ilustrado con una fotografía en la que aparecen Firmenich y Mendizábal tomados de la mano y riéndose, no se sabe bien de qué.

Con afirmaciones de este tenor, quedan pocas dudas acerca del balance que se hace. En cuanto a su evaluación de la importancia de la acción de masas en proporción a la línea militar implementada por la O.P.M., queda claramente expresada en los siguientes párrafos :

« Cada acción militar contra la patronal o las fuerzas represivas produce un efecto inmediato y se sumaba a la resistencia sindical construyendo una verdadera trinchera que se oponía al avance de la dictadura militar. Cada acción de las queridas Locas de Plaza de Mayo arrancaba una migaja de las fauces represivas. »

Esta lectura sobredimensionando hasta el dispa-

te la importancia de la acción militar en la resistencia — que no es ni siquiera el punto de vista de los protagonistas de las acciones — se ratifica luego en las siguientes afirmaciones :

« La compensación a ese enorme esfuerzo está en haber detenido la ofensiva enemiga. La dictadura militar arriba a su tercer año en el poder con sus fuerzas seriamente desgastadas (...) Han perdido totalmente la iniciativa, y no logran articular una estrategia de recambio que los saque del pantano de una guerra interna perdida. Al haber empeñado la totalidad de sus fuerzas, ya no tienen reservas a las que recurrir para rehacer o sostener la ofensiva. Los tiempos se han agotado sin que hayan logrado alcanzar y consolidar los objetivos principales que se propusieron (...) ya que al no poder consolidar las posiciones ocupadas, y fracasar la dictadura en el aniquilamiento de las fuerzas organizadas de la resistencia... » etc, etc, etc.

Citamos estas apreciaciones porque van perfilando, no sólo un análisis gravemente erróneo de la relación de fuerzas, sino también lo que se verá que es todo un modelo de « contraofensiva ». Volveremos sobre ellas cuando analicemos la cuestión del militarismo. Observemos, en tanto, como la conducción de la O.P.M., al plantear la lucha revolucionaria en la Argentina en términos estrictamente militares — consecuencia en parte de la ausencia de inserción de la O.P.M. en la lucha de masas, en parte de su recaída en el foquismo del que proviene — entra en la trampa que les tienden los militares : tratar de dar el enfrentamiento en un terreno en el cual ellos tienen precisamente toda la superioridad.

Triunfalismo y derrotismo

Lo que más sorprende en los párrafos antes citados es la reiteración casi frívola de algo que se ha vuelto moneda corriente en los documentos y declaraciones de la O.P.M. : el triunfalismo.

Pero no debemos confundirnos, este triunfalismo exultante no es consecuencia solamente de la ceguera o el militarismo. Es evidente que cuando no se quieren reconocer determinadas realidades, se quiere evitar la responsabilidad que emerge de esas realidades, o sea que se está intentando eludir la autocritica. Es en esta intención elusiva de la conducción de la O.P.M. que hay que buscar la explicación a su permanente negativa a reconocer las derrotas sufridas. Porque el hacerlo llevaría a reflexionar que aún dentro de la misma tendencia general al retroceso por la ofensiva desatada desde el golpe, la situación del peronismo montonero podría ser otra si la política dictada por la « conducción » hubiera sido acertada.

El triunfalismo, que aparece entonces como una forma de la propaganda interna para cubrir los errores de conducción, se fue transformando paulatinamente en la única respuesta al retroceso que sufría la organización ante el aceso de la dictadura. Este estilo de describir la realidad como era deseable que fuese y no como realmente era, se extendió hacia todas las manifestaciones de la política de la O.P.M., al mismo ritmo que la situación empeoraba. Así, casi imperceptiblemente, se fue pasando de la exageración a la men-

tira, y los análisis de los documentos oficiales se volvieron cada vez más internistas, cada vez más alejados de la realidad. Una realidad dolorosa, porque se vivía la destrucción cotidiana de la O.P.M., pero en la que sin embargo las masas, fundamentalmente la clase obrera, seguían luchando y dando vigencia a la resistencia, con métodos propios y sin una conducción central, desarrollando en consecuencia formas de resistencia con las que la O.P.M. no tenía que ver.

A todo aquel que osaba señalar este proceso de distanciamiento progresivo entre la resistencia de las masas y la lucha por la supervivencia de la O.P.M., y buscaba respuestas para corregirlo, se lo estigmatizaba con el término más utilizado por la « conducción » en estos tres últimos años : derrotista. Nosotros queremos poner algo en claro sobre esta cuestión que hemos discutido hasta el cansancio. El derrotismo no consiste en reconocer las derrotas parciales — por graves que éstas sean — que ha sufrido una forma de organización del movimiento popular en un estadio de su desarrollo. El auténtico derrotismo es el intento de la « conducción nacional » de la O.P.M. de negarse a aceptar la derrota de una metodología y una concepción de la organización del poder popular ; y su evidente responsabilidad por ser ella su más alto exponente.

El verdadero derrotismo es aquel, que habiendo condiciones objetivamente prerrevolucionarias, lleva a la conducción de la O.P.M. a afirmar empecinadamente : si no es de esta forma, no será de ninguna otra. Cuando está visto que la forma que propone, resulta imposible a juzgar por los resultados.

En fin, cuando a este empecinamiento se lo mantenía en el país, resultaba al menos heroico. Cuando se lo mantiene desde una prudencial distancia del teatro de los acontecimientos, merece otro juicio.

2 — La explicación a una propuesta descabellada

— Los antecedentes

La negativa de la « conducción » a reconocer que la resistencia popular, en particular la protagonizada por la clase obrera industrial, mediante los huelgas, paros, el trabajo a tristeza, e inclusive el sabotaje, se desarrolló al margen y transitó por un carril paralelo e independiente de la resistencia armada que nosotros hicimos, resultó fatal porque contribuyó al plan de la dictadura de aislarnos.

Todas las acciones armadas en apoyo a conflictos sindicales desde 1976 en adelante — las ponemos como ejemplo porque constituyen la principal forma militar que la O.P.M. desarrolló ligada a la lucha de masas — el único « resultado inmediato » que obtuvieron fue el incremento de la represión sobre la clase obrera, como consecuencia de la sólida alianza entre las patronales y el aparato represivo. Y no es que el operar militarmente en los conflictos en otra etapa no nos hubiese servido (*1).

(*1) Más allá de la concepción que estimula « desde afuera » y « por encima » ; a diferencia de la línea, por ejemplo, del sabotaje el producto terminado y otras formas de desarrollo progresivo de la violencia de masas, que no se desentienden de la suerte en concreto del conflicto que les dio origen, y que a la postre resultan más efectivas.



Se trataba de que esta vez había cambiado en serio la etapa, y no sólo no se lo comprendió, sino que la « conducción » se demostró impotente para elaborar una respuesta adecuada. Al tiempo que se replegaba al exterior, rechazaba todas las advertencias de los niveles inferiores de la organización que permanecían en el país, con un gesto malhumorado y soberbio. A cada mala nueva se le daba una explicación casuística. Siempre había un error circunstancial que lo explicaba todo. Nunca, en ninguna revolución, los muertos fueron tan criticados por una conducción. Pero esta « conducción » no acertaba en descubrir el verdadero hilo conductor que explicaba todas las « caídas », todas las muertes, toda la destrucción. El hilo conductor era la política errónea que la llevó a no comprender a tiempo cuál era el cambio de etapa que representaba el golpe de marzo del 76, que la « conducción » no sólo no creía que se fuera a producir, sino que ya frente a los hechos, no comprendió a tiempo que nos enfrentábamos a un plan de la magnitud del diseñado por la Trilateral. Un plan que suponía un nuevo modelo de división internacional del trabajo y en el que la Argentina tenía un papel previamente asignado; en consecuencia la existencia de la O.P.M. no era la causa principal del golpe, sino un obstáculo más a eliminar para la imposición del plan.

Decimos que el hilo conductor era la política errónea que vincula el « antes » y el « después » de marzo del 76, porque el acierto de la dictadura en lograr que, a la hora de la verdad, los combates los tuviéramos que dar solos, fue posible precisamente por los errores de los años anteriores, en los que la soberbia, el sectarismo, y aún el aparatismo, la indujo a suponer que se podía prescindir de todos, es decir, del resto del movimiento peronista y de las demás fuerzas democráticas. Así, lo de « ni sectarios ni excluyentes, montoneros solamente », paráfrasis de una frase del Gral. Perón, que era una broma de buen tono entre los Montoneros en el 73, 74, y aún en el 75, se convirtió en una cruda descripción del marco de la tragedia a partir del 76.

La falta de una respuesta correcta política y organizativa, después de producido el golpe, fundamentalmente, como decíamos más arriba, por la incompreensión de la naturaleza y la magnitud del proceso que se había desencadenado, hizo el resto.

Acerca de esta falta de respuesta de la « conducción », así como de la meneada cuestión del « aparatismo » y su utilización como excusa para encubrir otras cuestiones, volveremos a hablar más adelante.

Queremos puntualizar aquí sencillamente que, de la diferente lectura del período previo al golpe y del primer año de dictadura, se infieren conclusiones también diferentes. Así llegamos sin embargo a marzo del 77 con el lanzamiento del proyecto del M.P.M., sobre la base de una autocrítica apenas esbozada en forma implícita, a través de la manera que se planteaba la propuesta. Pero, a partir de esta propuesta, distintos compañeros que tenemos posiciones críticas que nos habían llevado al borde de la ruptura, decidimos permanecer en la organización y tratar de profundizar los planteos libiamente democráticos que contenía. Más adelante veremos qué pasó con esta intención. Sigamos ahora con el análisis del problema

de la contraofensiva.

Algunas de las cuestiones políticas a resolver para plantear cualquier contraofensiva

En el Évita Montonera nº 23, órgano oficial del denominado Partido Montonero, especialmente dedicado a la explicación de la « contraofensiva », se afirma:

« Lanzamos la contraofensiva popular unificando política y organizativamente la resistencia ».

La falsedad de esta aseveración es tan evidente que no necesita ser rebatida; sin embargo, desnuda un problema clave que algunos de los que escriben este documento le planteamos a la conducción de la O.P.M., y que marcó otra de nuestras diferencias fundamentales con su propuesta de la « contraofensiva ». Este problema es que la necesidad de reagrupar y de reorganizar a las fuerzas populares con eje en la clase obrera es indivisible de la cuestión de la unidad del campo revolucionario del peronismo. ¿Cómo encarar esta tarea? Nosotros creemos que hay que comenzar por la recuperación del espacio del peronismo montonero objetivamente desgajado de la organización por el tacticismo oportunista que renunció inclusive a los principios que dieron origen al proyecto Montoneros. Este espacio tenía, ante la ausencia de alternativa, a disolverse como defensa frente al hegemonismo del grupo Firmenich, que apuntala su corroída posición exclusivamente con el aparato. Por otra parte, este espacio y esto es lo verdaderamente importante, es más amplio que la franja de la militancia, ya que existe lo que se podría denominar la representatividad difusa de Montoneros bajo la forma por ahora, del reconocimiento al heroísmo de la lucha librada. Ese reconocimiento, como dijimos en nuestro comunicado del 22 de febrero, no es patrimonio exclusivo de nadie en particular, por otra parte, es menester desarrollarlo hasta transformarlo en representatividad, al mismo tiempo que se lo organiza para convertirlo en poder.

Cuando decimos que no es patrimonio exclusivo de nadie debe quedar claro que a quien menos le pertenece es a la pretendida « conducción nacional » que renunció explícitamente a la propuesta que nosotros describimos, al hundir al M.P.M., que fue su última posibilidad para llevarla a cabo.

Si esta es para nosotros la primera tarea, no tenemos ninguna duda de que, simultáneamente, hay que encarar la reconstrucción del sistema de alianzas dinámico, la diversidad representativa con unidad de tendencia, que constituía precisamente La Tendencia. En esta tarea es en la que también fracasó el M.P.M., mejor dicho, en lo que la conducción del denominado partido se empeñó a fondo para que fracasara. ¿O es que alguien suena que el sindicalismo resistente gestado en estos años de lucha podrá expresarse en el M.P.M., o que Cámpora y la vasta corriente que él representa aceptarán incorporarse al M.P.M.?

De la misma manera, no se puede avanzar en la unidad del movimiento peronista no sólo en la unidad a nivel de los dirigentes, sino a nivel de las bases, en el sentido de articular una conducción política unitaria que exprese la unidad de hecho que existe en ellas

para la resistencia, mientras no se unifique la corriente revolucionaria y desde ésta se impulse una propuesta con la fuerza de masas suficiente como para incidir en la dirección del conjunto.

Nosotros creemos que no puede haber conducción política de ninguna contraofensiva mientras no se resuelvan estas cuestiones.

Afirmamos también que ninguna de estas tareas puede cumplirse mientras haya pretensiones de hegemonía inaceptables para el conjunto. Peor aún si esas pretensiones se expresan con ademanes napoleónicos y arrebatos de pequeños Führer que se felicitan entre ellos por victorias dudosas o inexistentes.

En cuanto a la resistencia y su balance, nosotros creemos que no se trata, como sostiene el Évita N 23, de

«... afirmar su identidad política para que quede claro quién la desarrollo y con qué objetivos, dándole la necesaria proyección. Porque ese es el camino para reafirmar la unidad de la clase trabajadora y el Pueblo en su conjunto, de reunificar y transformar al peronismo, capitalizando el enorme caudal político acumulado en la resistencia ».

Para el pueblo y en particular para la clase obrera está claro quién desarrollo la resistencia, en cuanto a su identidad política, el peronismo no necesita ser explicado por nadie a estas alturas. Y en cuanto a los objetivos y su proyección, debemos suponer que los protagonistas de la resistencia son conscientes de su acción. En cuanto a la unidad del pueblo y la clase trabajadora y la reunificación del peronismo, no transita por la afirmación machacona y excluyente, de la hegemonía de la O.P.M.

Todas estas afirmaciones aparentemente ingenuas adquieren significado en el último párrafo: «... capitalizar el enorme caudal político acumulado en la

resistencia... ». Ese es el verdadero sentido de la maniobra de la supuesta contraofensiva planificada por la « conducción »: intentar resolver de un golpe su irrerepresentatividad y su desinserción de un proceso de lucha de masas del que su propia política los apartó. Veamos si esto es posible.

El contexto para una ambición imposible

No se trata de ser deterministas, pero el realismo permite ser optimistas. La clase obrera profundizará la lucha, lo hará tras sus conducciones naturales, las que tiene, las que en las condiciones actuales del proceso se ha podido dar. La expresión superestructural del movimiento obrero, atrapada en los estrechos márgenes de la legalidad tramposa que la dictadura le permite, es probable que se vea superada por los acontecimientos. Entonces, ¿ qué ocurrirá? ¿ Quién cree seriamente que la clase obrera argentina pueda encolumnarse tras la rama sindical del M.P.M.? ¿ O reconocer en el llamado partido montonero su conducción política? Evidentemente nadie. Pero, ¿ por qué esto? Porque la O.P.M. como tal no pudo superar nunca los límites de clase, auto impuestos desde sus orígenes, salvo circunstancial y parcialmente. Es decir, cuando la política que provenía de los niveles inferiores, los que tenían alguna inserción, lograba imponerse a la dictada desde los estamentos internos y cuando en determinadas columnas el desarrollo de las agrupaciones sindicales de base le permitía a la conducción de éstas hacer valer sus criterios antes de ser aplastada desde el aparato centralizado. Nosotros no creemos que esto sea una fatalidad histórica, sino que tiene que ver con una concepción y una metodología de construcción del poder popular, formulada y mantenida a rajataba por la conducción de la O.P.M.





III - EL ORIGEN IDEOLÓGICO DE LOS ERRORES

1 - Presentación

Una de las razones por las que la O.P.M. apareció alguna vez como una alternativa válida, fue sin duda su capacidad de convocatoria. Ese fue el capital con el que la conducción jugó, y lo dilapidó.

Más allá de los límites de clase del sector al que convocaba, éste era una plataforma posible para intentar seriamente desarrollar una organización revolucionaria en la clase obrera. Sin embargo, esto fue planteado muchas veces pero nunca se hizo. Más aun, la historia de los montoneros, como organización político-militar hegemonizada por esta « conducción », desde fines del 74 en adelante, es la historia de la reducción de su espacio político, esto es innegable, todos los compañeros son testigos de esta afirmación que no se puede atribuir únicamente a la represión. El argumento de la « conducción », para encubrir esta realidad, es que se debía al retroceso del movimiento popular, pero, sin embargo, es en el marco de ese retroceso que la clase obrera ha encontrado recursos para la lucha y ha desarrollado formas organizativas cualitativamente superiores. No se puede pedir que se detenga la lucha de clases para entonces, en calma y sin sobresaltos, construir la organización revolucionaria.

De la situación de masas de la que partió esta conducción — que, es bueno recordarlo, no la había generado ella — no amplió un milímetro el espacio que tenía en el 73 el peronismo montonero. Sino que, por el contrario, lo que estaba bajo su conducción lo redujo gradualmente y finalmente perdió lo que le restaba de fuerza organizada en los últimos dos años.

Esta imposibilidad de crecer, de reproducirse, es la verdadera causa de la derrota política, organizativa y militar de esta forma de organización del peronismo montonero.

Nosotros estamos convencidos de que este fenómeno es producto de errores de concepción nunca enfrentados, que subyacen en todas las manifestaciones de la política de la O.P.M., y que constituyen el verdadero andamiaje ideológico que justifica la globalidad de su proyecto.

Estos errores de concepción podrían sintetizarse a los efectos de un primer análisis en tres cuestiones: la concepción antidemocrática, el sectarismo, y el militarismo.

A la luz de cada una de ellas analizaremos, por un lado, la relación de la O.P.M. con las masas, en particular con la clase obrera. Por el otro, sus consecuencias en la aplicación a la construcción de la O.P.M. y el resultado en sus efectos internos.

2 - La concepción antidemocrática

Esta hay que rastrearla en el origen estrictamente foquista de los primeros núcleos que conformaron la O.P.M. — que, resulta interesante destacar, se conservaron siempre en la cúspide de la pirámide organizativa — y tiene sus manifestaciones más concretas en: ausencia absoluta de participación colectiva en la elaboración de la línea política, no electividad de los « responsables », una modalidad en la estructura del poder interno que en cualquier circunstancia polémica ratifica, por el principio de autoridad, la opinión del responsable de más nivel.

Esta concepción antidemocrática se opone a la experiencia concreta de organización del movimiento obrero, democrático en su forma de construcción, desde la elección del delegado al secretario general de la C.G.T., pasando por todos los denominados cuerpos orgánicos; más aún, en las circunstancias claves las decisiones deben transitar la prueba de la asamblea. Si esta democracia está viciada de burocratismo, éste es otro problema que tiene que ver con los límites concretos del sindicalismo como herramienta política en la lucha por la liberación.

El modelo de construcción concebido por la conducción de la O.P.M., que se articula a partir de la designación del « responsable » desde arriba y a dedo de acuerdo a una legalidad interna ajena a las masas, chocó siempre con la realidad democrática del movimiento obrero. Esta metodología contiene además como elemento esencial la pretensión de ignorar las representatividades existentes y reemplazarlas por el « paracaidismo » del cuadro « profesional ». Cuadro que no trabajaba en ningún taller y que en el 99 % de los casos adolecía de una ignorancia total respecto de la naturaleza, los métodos, y los objetivos del trabajo sindical. Esta idea del cuadro interno que « garantiza », da prioridad a la fidelidad a la autoridad de la organización por encima de la representatividad o la capacidad y, combinada con la decisión de someter, o en su defecto, destruir a todo aquel que no se controla, lo único que garantizaron fue que la O.P.M. jamás pudiera hacer pie organizativamente en la clase obrera.

Decimos que aparte de antidemocrática la concepción de la O.P.M. es elitista porque a todo lo descripto se sumaban las exigencias realmente demenciales, en cuanto a formas de compromiso y ritmos de práctica, para los reales cuadros de la clase obrera a los que, efectivamente se había podido llegar, tirando por tierra definitivamente toda posibilidad de organizar un espacio de representatividad política potencial, virtual, pero que existía y que tenía como referente a

la Juventud Peronista, la Tendencia, los « muchachos », en fin, los que las masas identificaban como los montoneros.

Veamos ahora los efectos de esta concepción antidemocrática en la O.P.M. Un partido supone alguna forma de participación aunque sea mediata en la elaboración de la política. Esto no ocurre para ningún nivel inferior al denominado conducción nacional — antes cuatro personas, hoy seis —. Esta falta de participación absoluta pueden atestiguarla todos los que estuvieron alguna vez en las filas de la O.P.M., pero más que nadie, los integrantes del llamado Consejo Nacional o del recientemente disuelto Secretariado Nacional, que en conjunto constituye la franja más humillada y sin embargo más complaciente de la O.P.M. Cómplice de todos los desastrosos, pero que, además, ha sabido silenciar los escasos conatos de rebeldía surgidos en su seno, por ser el nivel inmediato inferior a la « conducción nacional », es que lo ponemos de ejemplo. De allí para abajo, en el resto de la estructura organizativa, nada; no hablemos ya de participación: no hay ni acceso a la información política.

Así, la línea política cambia de una reunión a otra de « conducción nacional » a un ritmo sólo comparable a la velocidad de destrucción, y todos aceptan la nueva línea con resignación, como si se tratase de una calamidad natural, y que de alguna manera así es: ajena a la voluntad, inevitable y siempre calamitosa en sus efectos últimos.

Además de la participación en la elaboración de la línea, el problema de la democracia interna se define en una organización básicamente por las siguientes cuestiones: cómo se ingresa, cómo se asciende y, finalmente, cómo se eligen y se renuevan todos los niveles de conducción. Respecto del ingreso, después de algunos tímidos intentos democráticos a fines de 1974, con la incorporación como « aspirantes » de los compañeros reconocidos como conducción de agrupaciones, se regresó al método de las incorporaciones filtradas a través de los criterios individuales, como si se tratara de un club de élite.

En cuanto a los ascensos, tradicionalmente el mecanismo fue el de la llamada evaluación, ésta era un instrumento limitado y primario de democracia de pares, pero al menos expresaba una apreciación crítica de las prácticas individuales. Sin embargo, la última se llevó a cabo en el último trimestre de 1975. De ahí en adelante, amparándose en el estado de emergencia, todos los ascensos fueron decididos administrativamente por la denominada conducción nacional.

En este período se suceden las « reorganizaciones » a un ritmo cada vez más acelerado, con una constante: la destrucción del espacio organizado y la reducción de la O.P.M. En el prorrateo de las responsabilidades, todos teníamos la culpa de algo, y la denominada conducción nacional, que por lógica debía tener la culpa de todo, no tenía la culpa de nada. Simultáneamente, como en los juegos de espejos de un parque de diversiones, la conducción, en vez de acercarse, se iba alejando, aumentando para ello los márgenes de diferenciación jerárquica y la rigidez de los grados militares, que ya en el 77 vienen a coronar definitivamente este alejamiento entre base y conducción, en una organización que paradójicamente se

reduce día a día. Así, el « Pepe » se convierte en el « Comandante » Firmenich, justamente cuando menos comanda. La O.P.M. se transforma pomposamente en El Partido, cuando menos participación hay y menos conducción de masas ejerce. Finalmente, siguiendo en la misma línea, el « ejército » se crea como « arma organizativa » diferenciada, cuando la fuerza militar que trataba de comandar Mendizábal prácticamente no existe. Por eso, su campaña de declaraciones en el mundo quedará para la historia del disparate, capaz de hacer enrojecer a una piedra de vergüenza ajena y de ira a los militantes del pueblo, entre ellos, a los del peronismo montonero, que hacen la resistencia todos los días sin más recursos que su ingenio y su coraje.

Ante la imposibilidad de negar estas verdades seguramente dirán que le damos datos al enemigo. Pongamos en claro esto, de una vez y para siempre: le estamos dando datos a los amigos, porque lo que decimos, el enemigo ya lo sabe, dado el grado alcanzado por la delación y la descomposición interna. En consecuencia, este asunto del secreto referido a estas cuestiones, es un engaño bobo, que intenta tomar por bobos a los que se pretende conducir o a los aliados.

3 - El sectarismo

El otro grave problema que se convirtió en un obstáculo insalvable para el desarrollo del trabajo político en las masas, fue el sectarismo, alentado como un mérito desde la conducción.

Siempre y permanentemente se le otorgó más importancia al hecho de ponerle el sello a un trabajo gremial, que a desarrollar la posibilidad de profundizarlo y extenderlo. No se comprendió nunca que lo importante es conducir con política y no con las siglas y que intentar esto último — particularmente en el caso de la O.P.M. —, lejos de reemplazar a la política, lo único que generaba era represión y aislamiento. Es decir, que en vez de desarrollar la organización de masas y desde el seno de ésta, ganar la conducción para nuestro proyecto, por ser la expresión visible y consecuente de propuestas políticas correctas, se elegía tratar de imponer como cúpula de cualquier desarrollo organizativo, por primario que fuese, alguna superestructura fantasma pero claramente identificada con la O.P.M. La manifestación más cabal de este fenómeno que describimos se dio durante el « Rodrigazo », en plena crisis del gobierno de Isabel, en la que la conducción del movimiento obrero oficial no acertaba con una respuesta homogénea y, nuestra situación, era la mejor que habíamos conocido en cuanto a representatividad en los organismos que habían conducido la lucha, es decir, las Coordinadoras.

Esto era un mérito de las conducciones de Columna y no de la conducción nacional, que no entendía lo que ocurría.

Se discutió entonces qué se debía hacer para plasmar organizativamente este avance: fortalecer las coordinadoras, organismos naturales, amplios, unitarios, donde se expresaban directamente los delegados de las plantas de los distintos gremios por zonas y luchar ahí legítima y democráticamente por la hegemonía de nuestra propuesta, exponiendo nuestra política; o, por el contrario, constituir el Bloque Sindical de los montoneros, arriesgando el trabajo



desarrollado por las agrupaciones de las columnas en un intento de capitalizarlo todo de golpe.

Inútiles fueron tanto las advertencias de los compañeros directamente ligados a la labor sindical acerca de la inconveniencia de esta última actitud, como la resistencia que opusieron algunas conducciones de columna. La denominada conducción nacional impuso verticalmente su criterio. Se formalizaron los bloques zonales, se boicotearon las coordinadoras con el pretexto de la ambigüedad de su « identidad » por la presencia en éstas de la izquierda y del peronismo tradicional, argumento que sintetiza otra muestra del sectarismo del que hablamos, y de ahí en adelante el retroceso fue indetenible. En la misma línea de pensamiento se inscriben todas las propuestas alternativas que intentan la creación de superestructuras paralelas absolutamente vacías de contenido real, como la C.G.T.R., el bloque sindical del M.P.M., etc. Al mismo tiempo, se desprecia a las agrupaciones de base que canalizan su acción a través de los organismos naturales del movimiento obrero y que constituyen la única posibilidad de avanzar en la articulación política de la resistencia de masas, como lo demuestran las últimas experiencias.

Finalmente, en el extremo de este desprecio por la práctica concreta de la clase obrera y por la posibilidad de la autocrítica desde el seno de ésta, se ubica la idea de la necesidad de los « justicieros » que van a terminar con la burocratización del movimiento obrero, matando a los dirigentes sindicales burocratizados. Idea perfectamente coherente, sin embargo, con la falta de respeto por las representatividades, que les permite propagandizar — en el exterior —, una « Rama Sindical » del M.P.M. que no cuenta con un obrero organizado en el país. Pero esto, ya no es un error mas, es la culminación, el punto final, de un fracaso irreversible.

El aparatismo, el dinero y un modelo de organización

Otra expresión, la más seria del sectarismo político — que muestra claramente cuál es el modelo de organización revolucionaria que tiene « la conducción » —, se puso de manifiesto después del golpe, cuando la represión se centró sobre los cuerpos de delegados combativos, la famosa « guerrilla fabril », al decir de los militares. Fue en esa circunstancia que la denominada conducción nacional de la O.P.M. se negó, con resultados francamente criminales, a respaldar el repliegue de los compañeros que públicamente se habían comprometido en la defensa de la política sindical trazada por la propia O.P.M. La misma actitud adoptó con los dirigentes de base más conocidos de la estructura barrial de las agrupaciones de la Tendencia, vinculados a la O.P.M.

El argumento de Firmenich y su grupo era: « son gente del movimiento, deben refugiarse en el seno del movimiento ». O sea, que compartir con ellos los cuantiosos recursos de la organización, era « aparatismo »: A la hora de pedirles, eran militantes del peronismo montonero, que tenían que entregarlo todo, inclusive su vida. A la hora de darles, eran compañeros del pueblo, que debían replegarse en el pueblo. Esta óptica presidió siempre la relación con las masas,

y fue la principal contradicción de la « conducción » con los niveles inferiores de la O.P.M., es decir, con los niveles que realmente tenían inserción en las masas. A esto se reduce la famosa discusión acerca del « aparatismo » que conmovió a la organización a fines del '76 y que alcanzó su máxima dureza con la columna norte del Gran Bs. As. y con la columna de La Plata, que no casualmente eran las columnas con mayor desarrollo sindical. Fue en esa circunstancia que esta conducción (Mario Eduardo Firmenich, Roberto Perdia, Raúl Yágger) se negó a apoyar económicamente y con los recursos organizativos (documentación, etc) un repliegue en el propio territorio nacional, que hubiera ahorrado varios miles de muertos. Esto lo han reconocido los culpables, vanagloriándose, en un lenguaje insolente, en el documento oficial de la « conducción » de septiembre del '77. Pero no se trata de pura maldad o estupidez que se enorgullecen de tamaña felonía; es un problema de concepción. Si la organización revolucionaria es una estructura « especial », despegada de la realidad de las fábricas y de los barrios, es lógico que el dinero, los medios, los recursos de la organización, no estén al servicio de una política en la clase obrera, ni desde la clase obrera, ni para la clase obrera; ni siquiera para sus expresiones revolucionarias concretas. Si no que alcanzan exactamente hasta donde llega la secta, en este caso, el « cuadro » profesional del « partido », desinserto, auténtico « paracaidista », que se va cuando llegan los militares.

Esta « conducción », hoy, acusa a los firmantes de este documento de haberse llevado 68.750 dólares. Queremos responderle: efectivamente, recuperamos para continuar la lucha revolucionaria en Argentina 68.750 dólares. Y no nos llevamos más, porque no pudimos, ya que los 30.000.000 de dólares los tienen, juiciosamente, a buen resguardo. Esos 30.000.000 pertenecen al campo revolucionario en su conjunto, y los cuatro « comandantes » — que para calma, ni concibieron, ni ejecutaron la operación que los proveyó —, en nombre de algunas decenas más, se los niegan a quienes los necesitan en el país, para el respaldo de luchas concretas. Se los niegan a los compañeros abandonados por ellos mismos que, dispersos y perseguidos, siguen resistiendo, a los huelguistas despedidos, a las Madres de Plaza de Mayo, a los hijos de los desaparecidos, a las viudas de los caídos. En fin, cuando se le explique a nuestro pueblo, y al mundo, en que consiste la famosa discusión en torno al « aparatismo » en el uso del dinero del « partido », y se descubra que es el argumento que utilizó esta « conducción » para conservar la única fuente de poder que le queda, ese dinero que le permite pavonearse por el mundo, por el que jamás rindió cuenta, ni de su destino político, ni de su administración, le quemará en las manos.

La ecuación tiempo - sangre, de la que hablaba el Gra! Perón, la conducción de la OPM la reemplazó por sangre o dinero. La cantidad de bajas propias y el dinero que conserva, hablan de la resolución que encontró a la ecuación.

4 - El militarismo

La peligrosidad principal del militarismo radica en

que trata de reducir toda lucha política a lucha militar, sin contemplar que esto no puede ser producto de la voluntad de un grupo; salvo que el precio que ese grupo esté dispuesto a pagar sea su aislamiento y destrucción. Este militarismo, sin embargo, alcanzó su máxima expresión en una organización que, curiosamente, desde el punto de vista estrictamente militar, tuvo escaso desarrollo, fundamentalmente por la ausencia de una « hipótesis de guerra » global por parte de la conducción y por la incapacidad militar de sus jefes, que no pudieron resolver algunas cuestiones claves.

Es menester recordar, además, que la idea de la militarización de la política es de raíz reaccionaria, aunque se vista con ropajes de izquierda. Se empieza negando la democracia, por « liberal », y se termina olvidando la soberanía popular, por burguesa. Basta ver el denominado « Proyecto Nacional Revolucionario » de la OPM-MPM, que es claramente corporativista, o las últimas declaraciones de Firmenich, que propone como solución al drama argentino un arreglo entre partes que ignora la posibilidad de la libre expresión de las masas en un proceso democrático; con lo que la OPM resulta tan autoritaria como la Junta Militar a la que dice oponerse, pero a la que, sin embargo, le propone « arreglar » a espaldas de la voluntad popular. En relación con la práctica de la clase obrera, el militarismo se manifestaba en una lectura de la lucha de clases como si ésta se tratara de una guerra convencional ya declarada. Visión que se traducía en un ejercicio de la violencia, que se desentendía de la suerte concreta de los conflictos sindicales en los que, sin embargo, intentaba influenciar. Lo más grave de esta actitud es que no contemplaba las consecuencias para la legalidad de las propias estructuras gremiales ni la seguridad de los protagonistas de la labor sindical, librados a su suerte para soportar la represión posterior. Esta práctica de violencia trataba permanentemente de elevar el nivel de cualquier conflicto a un plano más general de lucha, de acuerdo a una estrategia verdaderamente putchista, que no podía comprenderse ni explicarse porque estaba trazada desde una conducción interna de la OPM totalmente ajena a los intereses materiales concretos de la clase obrera.

Toda crítica que tendiese a señalar este desencuentro entre la lucha de las masas y la acción de la OPM, siendo que la primera no niega la posibilidad de la violencia pero contempla la conveniencia de un desarrollo más lento, que al ser más general es más seguro organizativamente, era catalogada, por los estrategas de los ámbitos internos, como reformista.

Se comprende: ellos no debían ir, al día siguiente de una operación « militar », a trabajar en la misma fábrica donde se había ejecutado esa operación. En lo que hace a la construcción de la organización revolucionaria, lo más cuestionable del militarismo es que propone que ésta se desarrolle en torno a un modelo de ejército y no de partido. Lo nefasto de este militarismo es que tiende a congelar la vida política interna, sustituyendo la discusión con la disciplina, y aplastando el disenso con la síntesis obligatoria que, lógicamente, siempre coincide con la opinión del superior.

En lo que hace al problema de la violencia como

instrumento de una estrategia revolucionaria, es decir, a la cuestión concreta de su sistematización como un camino para la toma del poder, nosotros creemos que toda propuesta sería debe comenzar por estudiar las distintas etapas por las que atravesó la concepción de la organización de la violencia popular en los últimos veinte años en la Argentina, tarea a la que no renunciamos pero que no es materia de esta crítica. Lo que hoy nosotros cuestionamos es que la conducción de la OPM pretende ignorar la necesidad de esta tarea, e insiste alegremente en la repetición de fórmulas sangrientamente agotadas. Lo más grave de esta actitud es el manejo irresponsable de categorías de pensamiento militar, sin que exista una estrategia general, o las afirmaciones rimbombantes que lo único que logran es confundir, porque no responden a ninguna hipótesis global.

Una sola cuestión es clara: la conducción de la OPM mantiene una concepción de la organización de la violencia que se ha demostrado orgánicamente ineficaz.

Ineficaz, por no fundarse en un proyecto estratégico. Ineficaz e inoportuna, al estar mal orientada la dirección en la que se la empleó, por errores en los análisis políticos. Ineficaz, porque no sirve a la acumulación de poder, ni siquiera militar. Ineficaz, por elitista, al no buscar formas que permitiesen la generalización de su empleo. Ineficaz, por la auténtica incapacidad militar de los mandos autoelegidos. (*) Finalmente ineficaz, aún como propaganda armada, al haberse desprestigiado su empleo por haber sido utilizada a diestra y siniestra, como herramienta para intentar consolidar el poder de un pequeño grupo.

Si este modelo de organización de la violencia revolucionaria está exhausto, y ni aún un idiota puede creer que conduzca a la victoria, debemos preguntarnos: por qué la conducción de la OPM la mantiene, qué busca?. Si ya es un lugar común la afirmación de que la clave de la victoria, aún en la guerra revolucionaria, es política y no militar. Es indudable que la resistencia — cuya potencia deviene de que expresa la voluntad de millones —, no puede reducirse al infantil jugar a los soldados de un puñado, sino que exige oponer a la dictadura todos los recursos de la lucha de masas, que no elude el crecimiento de los niveles de violencia que éstas desarrollan, y que pueden, y deben, ir asumiendo formas organizadas, pero nunca al revés. Las formas organizadas no pueden preceder el crecimiento de los niveles de violencia que desarrolla la resistencia de las masas. Esta es la gran enseñanza del Irán. Esto no impide recuperar, para el proyecto revolucionario, los valiosos años de experiencia en la construcción de la organización clandestina.

El ejército popular, de existir, sería, en consecuencia, la última forma organizativa en aparecer. Por eso, la creación de una suerte de Triple A de izquierda no se entiende, salvo que el objetivo que persiga esa reducida fuerza, pretendidamente de élite, no sea el

(*) Ineficacia que puede sintetizarse en una sola apreciación: esta « conducción » contaba, en marzo de 1975, con 64 millones de dólares; hoy le restan 30 millones de dólares. Jamás llegó a resolver la cuestión de la armamentización: esta incapacidad venía reforzada por el temor fóbico a perder la hegemonía.

irresponsablemente proclamado de derrotar al ejército de la dictadura. Nosotros estamos convencidos de que la « conducción » de la OPM no sostiene actualmente un foquismo ingenuo, sino malintencionado. Sabe que no pudimos cuando éramos cinco mil obviamente, no cree que va a poder, cuando no llegan a cincuenta.

Por temor a perder la hegemonía, los miembros de esa « conducción » sabotearon todas las soluciones que se les ofrecían al problema de la armamentización; se opusieron sistemáticamente a toda socialización de los recursos militares; se negaron a entregar las armas que tenían, cuando nuestra propia gente las pedía desesperada para defenderse, con la consecuencia de que aquéllas caían en manos del enemigo sin uso y los compañeros « caían » desarmados.

Una cosa era llevar la pastilla de cianuro, por si la pistola no alcanzaba para defenderse, y otra cosa era llevar la pastilla de cianuro como sustituto de la pistola, como ocurría con el grueso de los compañeros, porque no tenían armas. Los que vimos caer a nuestros compañeros en esa situación, cargamos esta « cuestión » a la cuenta caratulada: « brillante desempeño del Comandante Mendizábal ».



Ahora encubren su incapacidad militar con el uso y el abuso de las formalidades militares, para colmo en el exterior; por eso es que en nuestro comunicado del 22 de febrero hablábamos de militarismo desarmado.

Nosotros estamos convencidos de que, en realidad, la conducción de la OPM persigue un doble objetivo con su insistencia en la propuesta del supuesto Ejército Montonero. Por un lado, busca la espectacularidad a la que hicimos referencia en la descripción de la contraofensiva, espectacularidad que le permita aparentar una existencia que no tiene sustento real, organizativo, en las masas, pero — supone — le puede permitir intentar negociar en nombre de ellas, las luchas que éstas libren violentamente, ya que evalúan que pueden producirse conatos insurreccionales al precipitarse la situación social.

Por otro lado, quiere contar con una herramienta de intimidación para luchar por la hegemonía en el campo popular, en particular en el seno del peronismo, como lo reconoce, en un estilo digno de Al Capone, Firmenich en la página 15 de su documento « La Reunificación, Transformación y Trascendencia del peronismo », del 20 de junio del 78.

IV — EL VERDADERO OBJETIVO DE LA « CONTRAOFENSIVA » DE LA « CONDUCCION »

1 — Una propuesta de contraofensiva militarista, foquista y putchista.

Es por todas las críticas anteriormente expuestas que nosotros afirmamos que la conducción de la OPM está condenada a correr detrás de los acontecimientos, aunque quiera encaramarse sobre ellos. Se niega a admitir que no es el eje del proceso, que no lo puede ser, porque el eje es la clase obrera, y en la clase obrera esa « conducción » no está presente, ni política ni organizativamente.

De esta impotencia no reconocida proviene el tremendismo de su propuesta de contraofensiva: es el querer estar, formalmente, nominalmente representados cualquier a costo, en la probable contraofensiva de las masas. Su medio para intentarlo: la espectacularidad militar.

Militarista y foquista

Este militarismo en la « contraofensiva » se funda en una sola verdad: diez confundidos, armados por cuatro irresponsables, pueden ocasionar un descalabro. El problema es que aquí, lo que van a descalabrar, no es el aparato militar de la dictadura cuyos jefes los esperan restregándose las manos encantados. Van a descalabrar la posibilidad de articular una acción de masas creciente, orgánica, en la clase obrera que la encabeza y en la que se va comprometiendo, progresivamente, todo el movimiento peronista, y que va arrastrando, paulatinamente, a los partidos del arco opositor a la política económica de Martínez de Hoz.

Toda esta vasta acción, de cuya potencia fue sólo una muestra la huelga del 27 de abril, gira en torno a la lucha de la clase obrera, por el nivel de sus salarios y a la lucha del movimiento obrero institucional por la defensa de su precaria, y ya recortada, legalidad, amenazada de muerte por la nueva ley de Asociaciones Profesionales con que la dictadura intenta dismantellarlo definitivamente.

No se trata de pacifismo: creemos que sacrificar esta formidable posibilidad sólo para que la conducción de la OPM no sea « marginada » y pueda sentarse a negociar lo que no condujo, es francamente contrarrevolucionario. Nosotros afirmamos que es menester confiar en el desarrollo de la lucha de masas, desde el seno de ellas y en la acción con ellas, todo; y, desde luego, la legítima violencia resistente. Por esto, contra todas las pamplinas facilonas y triunfalistas, es menester sostener, enérgicamente, la vigencia de la resistencia.



La otra propuesta, la de la « conducción » de la OPM es verdaderamente terrorista, no por la violencia — que al final se verá que no es tanta —, sino por la concepción en el uso de ésta.

Observemos ahora por qué este militarismo es también foquista —

Todo su esfuerzo, todos los recursos con que cuenta la OPM, están puestos al servicio de la construcción de pequeñas herramientas, con las que pretenden reducir la lucha del conjunto a la acción de un puñado totalmente despegado de las masas.

Putchista

Hemos dicho que la conducción de la OPM ofrece solamente una propuesta putchista que busca aprovecharse de la lucha de las masas, renunciando a la posibilidad de participar en ella intentando su organización.

Para explicar esto es necesario describir, primero, el marco real en el que debían actuar algunos de los firmantes de este documento, y ver, luego, la acción en concreto que la « conducción » pretendía que ejecutasen.

En el proceso de resistencia — desatado a partir de 1969 con el Cordobazo — contra la dictadura de Onganía-Levingston-Lanusse, eran las capas medias quienes compartían con el proletariado joven del interior la vanguardia en la lucha. Sin embargo, ahora, estas capas medias, confundidas por el fracaso del gobierno peronista al que ayudaron a instaurar, duramente golpeadas por la represión y abrumadas por el terror ideológico, transitan un período de reflujo y de desmovilización.

Hoy es la clase obrera industrial, en particular la de Buenos Aires, la que está a la cabeza como protagonista de la actual resistencia. No hace falta ser profeta para comprender que el proceso de auténtica movilización nacional iniciado el 27 de abril — sobre ejes no sólo reivindicativos sino también políticos, sentidos por el conjunto del pueblo —, irá creciendo, sumando sectores, redibujando el frente y, fatalmente, cuestionando con su avance, los márgenes de legalidad vigentes impuestos por la Dictadura. Ahora, bien: la única garantía que posibilita su desarrollo, la da su masividad creciente, que va aislando a la dictadura, e inclusive puede ir haciendo vacilar a sectores de las FFAA.

El fracaso político del « plan económico de las Fuerzas Armadas » — así definido con insistente malevolencia de viejo timador por Martínez de

Ho es observado con preocupación por los militares, que se cubrieron de sangre para imponerlo, porque en este fracaso político comienzan a atisbar las sombras de un repudio de magnitud incalculable.

Vemos ahora qué papel nos asignaba la « conducción », a algunos de nosotros, para que se comprenda claramente lo del « putchismo » que señaláramos al principio. Se nos definía como « Comando Táctico Adelantado » y « Puesto de Mando y Observación » (sic). Sobre estas definiciones cualquier comentario huelga. La participación en estas estructuras se beneficiaba de una minuciosa previsión de todos y cada uno de los pasos organizativos internos de funcionamiento, que no describiremos aquí porque nos llevaría varias páginas. Pero, aclaremos: obsesionada por la preocupación de perder el control político, la « conducción » de la OPM había logrado sintetizar un verdadero manual de errores organizativos que hacía tabla rasa de la dura experiencia acumulada en esta lucha.

Lo esencial de nuestra acción — que empezaba por una prohibición explícita de organizar —, debía consistir en una labor de auténticos provocadores. Esta tarea era la de elevar, utilizando nuestra supuesta representatividad individual, el nivel de violencia de cualquier lucha que se produjese, procurando llevarlo más allá de donde éste pudiese llegar, buscando, a través de la generalización de la represión, el desencadenamiento de una suerte de « mini-Cordobazo » zonal. A esta maniobra, Firmenich, Perdía y Mendizábal la denominaban alegremente « primera batalla de la contraofensiva ».

2 — El intento de resolver el insoluble problema de su irrepresentatividad

Vemos ahora, para que todo este auténtico rompecabezas de la supuesta contraofensiva adquiera significado, qué papel se atribuye a sí misma la « conducción » de la OPM. Volvamos al Evita 23, donde se afirma:

«... la necesidad de jerarquizar el Partido Montonero como conducción estratégica de la lucha de liberación...».

afirmación que se complementa más adelante, con la decisión de:

«... mantener e intensificar la promoción de la Conducción Nacional en general y a sus miembros en particular, sin hacer hincapié en sus funciones internas específicas, sino en su pertenencia a la Conducción Nacional y al carácter de conducción estratégica de la misma ».

Para lograr los objetivos antes enunciados, el grueso de las meneguadas fuerzas que se pudieran reclutar en el exterior deben ser sacrificadas en una labor meramente propagandística, o de agitación armada, sin difundir ni una sola propuesta que verdaderamente oriente políticamente, ni una sola consigna de contenido organizativo.

Daremos un ejemplo concreto: por primera vez, después de tres años que la OPM cuenta con aparatos de intercepción de televisión, se autoriza a transmitir una grabación de alguien que no es Firmenich. Pero, ¿para qué? Para decir que Firmenich es Secretario

General del Partido Montonero, Secretario General del Movimiento Peronista Montonero y Comandante en Jefe del Ejército Montonero (orden expresa dada por Perdía a los miembros del « partido » que estaban en el MPM, en el momento de grabar las cintas, y « sugerión » hecha, en la misma situación, a los compañeros representativos del MPM).

Esta avidéz, que los lleva a sacrificar recursos humanos en una situación de debilidad organizativa, aparte de mezquina, resulta inútil.

En nuestras discusiones, fundando nuestra oposición, les hemos intentado explicar hasta el cansancio que una cosa es la representatividad y otra la propaganda y que esta última no construye necesariamente la primera. En fin, que una cosa es ser conocido y otra, reconocido.

Alguien gana representatividad cuando las masas se reconocen en ese alguien, porque ven en él la expresión más notoria de propuestas políticas correctas. Propuestas políticas que señalan el camino para dar satisfacción a los anhelos y las expectativas más sentidas por el conjunto. Quien da respuesta a los grandes interrogantes en una circunstancia clave, quien señala la línea para el avance del conjunto, ese alguien se convierte en el « representante » de ese conjunto. Es uno del conjunto, que expresa, que « representa » a todos.

Esto no se puede inventar, en el sentido de imponer con « promoción », como ordena el Evita 23. Primero, hay que acertar con la propuesta política; luego, hay que demostrar que se es el más consecuente defensor de esa propuesta política; y, finalmente, no hay que olvidar nunca que no se es nada más que el « representante ». Este permanente ejercicio de humildad permite no despegarse de los intereses concretos de las masas, de sus ilusiones, de sus esperanzas, en síntesis, de sus necesidades. Esa es la clave de la representatividad, que no hay que buscarla en noches insomnes ni se compra con millones de dólares de propaganda; es, sencillamente, una cuestión de acierto político, de honestidad y de sentido común.

Se trata de poder amar al pueblo en concreto, y no amarlo en abstracto y odiarlo en concreto, como le ocurre a todos los iluminados.

Por eso, toda la pompa: los grados de comandante — que, dicho sea de paso, los únicos comandantes que conoce el pueblo son los de Gendarmería —, los uniformes, cuyo costo duplica el salario de un obrero, las estrellitas en los hombros en fin, el coqueto detalle de la boina ladeada a la moda de los « paras », constituyen una estupidez reaccionaria que expresa el alejamiento irreversible de la « conducción » de los sentimientos populares.

El pueblo argentino aprendió a odiar los uniformes. « El día que empezemos a colgar, no va a alcanzar el alambre de fardo », dijo una vez el General Perón. Nosotros le agregaremos una frase del inolvidable Ortega Peña: « ¡Cuidado! Porque en la confusión vamos a colgar hasta al enano de Harrods, porque también está de uniforme ».

Por todo esto afirmamos que la maniobra propagandística que intenta convertir a la « conducción » en árbitro del proceso, resolviendo de un golpe el problema de su irrepresentatividad — que a eso se

reduce su famosa « contraofensiva » —, está destinada al fracaso.

3 — Las objeciones planteadas por nosotros

En enero de este año, algunos de los firmantes de este documento nos enteramos, por intermedio de Perdía y Mendizábal, de las siguientes novedades, que provenían de la reunión de « conducción »: se decretaba el fin de la resistencia, porque ésta ya había triunfado; se iniciaba, inmediatamente, la contraofensiva; todas las apreciaciones sensatas hechas en el curso del año anterior, sobre las condiciones imprescindibles y los requerimientos indispensables para ésta, debían ser dejadas de lado, sin ninguna discusión. Finalmente, la responsabilidad de la monstruosidad planeada por ellos debía ser asumida, públicamente, por nosotros.

La maniobra que ordenaba la « conducción », además, venía acompañada de una serie de medidas que implicaban la liquidación definitiva del MPM y el rebrote virulento de las peores prácticas de 1978. Para garantizar todo esto, una vez más, a la oposición interna la habían aplastado, decretando uno de los clásicos « cambio de etapa » (*1). Este « cambio de etapa » venía complementado, como ya es tradicional, con lo que el Evita 23 llama ufanamente:

« El principio de que las estructuras organizativas deben permanentemente irse adecuando a las diferentes etapas del proceso por las que transcurra. »

Lo que, traducido, en este caso quería decir: liquidación del Secretariado y del Consejo del « partido », pero no para avanzar hacia la democracia, sino para concentrar más autoridad aún en la « conducción nacional ». Para reemplazar a los organismos disueltos inventaron una nueva ficción, a la que bautizaron, desprejuiciadamente, « Comité Central »; a éste incorporaron, compulsivamente, a algunos de los firmantes de este documento.

Con este panorama es que iniciamos las discusiones que, por nuestra parte, giraron en torno a la descripción del proceso argentino desde la óptica autocrítica que plantea este documento, haciendo hincapié en las características de la resistencia y en la situación de la OPM. Planteamos, en consecuencia, que había que asumir la realidad, y comprender que el proceso de lucha de masas que se está dando en la Argentina no tiene conducción a priori. Insistimos, reiteradas veces, en que era imprescindible participar en él. Que la forma de hacerlo, era desandar el camino que habíamos recorrido y que nos había alejado de esa posibilidad. Finalmente, los invitamos a la reflexión autocrítica sobre cómo habían frustrado la posibilidad que había representado el MPM.

Pero, claro, aceptar nuestros planteos los obligaba a una autocrítica de la magnitud de la formulada en este documento; hacerlo, podía suponer su cuestionamiento definitivo como conducción.

(*1) La conducción de la O.P.M. ha creado un método de enmascaramiento de sus errores y de camuflaje para ocultar la represión que ejerce sobre cualquier manifestación de discrepancia, método que el folklore montonero bautizó como « la milonga de los cambios de etapa ». « Cambios de etapa » que de haber ocurrido todos los que la conducción decretó, nuestra revolución sería la revolución con más etapas en la historia de la revolución mundial.

Sintéticamente y en términos concretos, nuestra propuesta, que fue un último intento de rescatar del desastre a la OPM y al MPM, era la siguiente: intentar la inserción en el proceso de masas antes descrito, participando de las luchas de éstas. Procurar avanzar organizativamente, a partir de los conflictos concretos, por pequeños que éstos sean, que se desarrollan en general en torno a ejes reivindicativos. Canalizar las luchas a través de los organismos naturales del movimiento obrero, partiendo del principio de que es más valioso un delegado que diez activistas desinsertos. Poner todos los recursos humanos y materiales de la organización al servicio de esta política. Concluir con la mentira de la rama sindical del MPM y de las demás estructuras del « alternativismo » fantasma: CGTR, Bloque Sindical del MPM, etc. Eliminar, directamente, las diferencias entre Partido Montonero y Movimiento peronista Montonero, comenzando a poner en práctica esta decisión en el país; remitiendo, en consecuencia, la formación de la autoridad al grado de representatividad que cada cuadro fuera capaz de ganar en la construcción concreta. Esto último, como una posibilidad de reconstrucción de la organización sobre nuevas bases.

Renuncia, por parte de la OPM, a plantear a priori toda pretensión de hegemonía.

Demostrar, consecuentemente, a través de la práctica, que se cree que el poder popular en el llano se construye desde el llano, democráticamente. Es decir, que esta vez la OPM no pretendería servirse de los que condujeron las luchas, para someterlos, luego, a una autoridad interna preestablecida. Que esta vez sí se reconocería a las conducciones naturales surgidas de la lucha y este reconocimiento se traduciría en la posibilidad de participar efectivamente en la toma de decisiones políticas. Finalmente, garantizar que los recursos organizativos iban a estar al alcance de todos los que luchasen. Con respecto a la acción militar, nuestra propuesta fue revalidar plenamente el concepto de resistencia, terminando con la alegre imbecilidad de decir que ésta ya triunfó. Esto quiere decir masividad, sin conducción centralizada, nítida legitimidad política de cada acción, que se deben subordinar siempre al criterio político de quienes conducen la lucha de masas y no al revés.

Abandonar, en consecuencia, todo planteo, toda categoría de análisis y todo lenguaje que intentan caracterizar la lucha del pueblo argentino contra la dictadura como una guerra entre la OPM y los militares. Porque si se insiste en reducir a esto el enfrentamiento entre el pueblo y la dictadura, sería cierto lo que afirma Videla de que la lucha contra su gobierno ya se perdió.

Les planteamos, también, que la única posibilidad de conducir las propuestas que formulábamos era desde el país; en consecuencia, todos los « comandantes », aunque fuese rotativamente, debían abandonar la idea de que únicamente la calistenia es buena para combatir el entumecimiento de las rodillas.

4 — La respuesta de la « conducción »

La respuesta a todos estos planteos está dada en los párrafos transcritos del Evita 23, en las declara-

ciones públicas y en los aprestos, que son también públicos porque, como de costumbre, cada paso que dan hacia el abismo, lo propagandizan abundantemente.

Lo que queremos decir es que hubo de parte de la « conducción », una negativa explícita a discutir, combinada con la puesta en ejecución del plan, a pesar de todos los argumentos expuestos.

5 — La única explicación: la negociación

Al mismo tiempo que se lleva a cabo todo el despliegue organizativo antes descrito, se desembolsan abundantes centenas de miles de dólares — de esos que hacen falta en el país para sostener la resistencia —, para comprar una residencia en el barrio de Puerta de Hierro en Madrid, ignorando, seguramente, aquello de « la primera vez como tragedia, la segunda como comedia ». En esta residencia se instala muy orondo el « comandante » Perón, rodeado de una verdadera corte de los milagros pseudo-montoneros. Este se dispone, coherente con la resonancia agorera de su apellido, a esperar los emisarios que la Junta Militar debería enviar desesperada. La compra de esta residencia no se debe en consecuencia, al deseo de crear un instrumento para la política de solidaridad, ni un referente para el exilio, ni una herramienta para denunciar el genocidio de la dictadura. No. Lo que justifica esta verdadera línea de inversión inmobiliaria en el exterior es la esperanza de Firmenich y sus amigos de surgir como mediadores de una situación de violencia que, suponen, arrinconaría a la dictadura. En consecuencia, resulta imprescindible que los militares cuenten con un punto de referencia físico, adecuadamente « jerarquizado », adonde poder enviar sus emisarios.

Maniobra táctica, ¿pero de qué estrategia?

Volvamos ahora, al papel que se autoasigna la « conducción ». Como aclara el Evita 23, es el de « conducción estratégica » y, por ejemplo, desde allí decide que el MPM se convierte en un « arma organizativa » del « partido ». Este lenguaje confuso permite, sin embargo, detectar como ha involucrado la propuesta del MPM, y debe advertir a los ingenuos a qué ha llegado a reducirse todo el proyecto del Movimiento.

La « conducción estratégica » comenzaría simultáneamente, a desarrollar una serie de instrumentos organizativos, explícitamente definidos como « tácticos », pero que en los hechos, cubren todo lo que resta de fuerza organizada, sea como MPM o como « partido ». Es entonces que se empieza a comprender que toda la denominada contraofensiva es realmente táctica. Pero la pregunta que surge inmediatamente es: ¿respondiendo a qué estrategia? ¿Pensará el grupo de Firmenich en alguna insurrección? Habla, sin embargo, de un « Ejército Mon-

tonero » que forma los oficiales del futuro ejército de masas. A todo esto, ha decretado el fin de la resistencia, con la excusa de que ya triunfó, fundamentalmente porque la ofensiva enemiga fue detenida por las fuerzas militares del « comandante » Mendizábal. En fin, a esta altura de las reflexiones, se observa que se quiere detener la única acción real, la resistencia popular, que se desarrolla al margen de la voluntad de la conducción de la O.P.M., mientras, simultáneamente, en los documentos públicos, se diferencia entre la Junta Militar y el resto de las Fuerzas Armadas. Basta, solamente, sumarle aquel párrafo que Perón pretendió introducir en el reglamento del M.P.M. — que se rechazó por moción del Dr. Obregón Cano —, estableciendo la autoridad del secretario general, o sea Firmenich, para « entablar negociaciones con el enemigo », para completar el panorama.

Negociar, ¿cómo y qué?

No se trata de principismo, pero: ¿qué van a negociar?, ¿cómo?, ¿en qué condiciones?, ¿con qué relación de fuerzas? Si Firmenich y su grupo no son el eje del proceso, como quisieran; si queda demostrado que el denominado Partido Montonero no es, ni mucho menos, « la garantía de los objetivos revolucionarios de la clase trabajadora », como pretende el Evita 23; si la ofensiva enemiga no ha concluido; si la situación del conjunto del campo popular no registra una acumulación de fuerzas que justifique ningún apresuramiento. En fin, éste es el marco de la negociación inaceptable de la que hablamos en nuestro comunicado del 22 de febrero.

Nosotros afirmamos que permitir que Firmenich y su grupo negocien en nombre de toda la resistencia, es correr el riesgo de que extiendan su fracaso — como conducción de una forma exhausta de organización del peronismo montonero — a otras formas en desarrollo del peronismo montonero y del conjunto de la resistencia, que están en un proceso revolucionario vivo y en marcha. Pero este último intento es también imposible. La resistencia, aún en sus manifestaciones armadas, no es producto de la voluntad de la « conducción », que no expresa, ni mucho menos, al conjunto del peronismo montonero, y menos aún a la totalidad de la tendencia revolucionaria del peronismo; y lo que vuelve finalmente más imposible su pretensión, es que no tiene la menor representatividad en la clase social protagonista de la lucha. En consecuencia, nadie debe llamarse a engaños, esta lucha no confluirá en ninguna de sus formas por decisión de Firmenich y sus amigos.

Podrá esa « conducción » — que, eso sí, es el único aspecto del « plan de contraofensiva » sobre el que ha guardado secreto —, prometer lo que se le ocurra a cambio, por ejemplo, de la legalidad; pero no podrá lograr que alguien lo cumpla y correrá la suerte de todos los que han pretendido negociar lo que no les pertenece.

V — EL DESARROLLO HISTÓRICO DE CONCEPCIONES INCORRECTAS

1 — La ausencia de un proyecto

Probablemente es en el momento de la muerte del Gral. Perón que, por el prestigio y la representatividad del conjunto de fuerzas nucleadas bajo el común denominador de Montoneros, éstas representaron más nitidamente una alternativa para la transformación revolucionaria del movimiento peronista. De la frustración de esta posibilidad y de la responsabilidad de la conducción de la O.P.M. se habla en las páginas siguientes.

Desde la victoria electoral del 11 de marzo de '73 se habían sucedido una serie de hechos que marcaron el comienzo del enfrentamiento interno en el movimiento peronista y lo fueron jalando: abril, desinstitucionalización de la Juventud con la separación de Galimberti del Consejo Superior; junio, enfrentamiento de Ezeiza; julio, caída de Campora y asunción de Lastiri; octubre, institucionalización de un modelo de sucesión que certifica el desplazamiento de la Tendencia Revolucionaria, ya que Perón asume acompañado de Isabel. De octubre del '73 a mayo del '74, Perón formula una política que pivotea sobre la alianza entre la burguesía nacional y la estructura oficial del movimiento obrero. Sin embargo, permite que el ala de extrema derecha aventurera, encabezada por López Rega y que tiene el apoyo de Isabel y, entre otros funcionarios del aparato del estado, del propio jefe de Policía, Villar, crezca desmesuradamente en su entorno. Al mismo tiempo, no define un proyecto que le permita incorporar a las Fuerzas Armadas a la alianza con la burguesía y el movimiento obrero. Fracasa también en la resolución del conflicto con la Tendencia, mayoritariamente expresada a través de la Juventud, cuyas expectativas revolucionarias había alentado y a la que, ahora, no puede aplastar ni tampoco quiere incorporar a su gobierno. Esta última situación hace eclosión el 19 de mayo de 1974.

En todo este período, la recién formada conducción de la organización no acierta a entender lo que ocurre, a pesar de que se encuentra al frente de una vasta corriente. Pasa de considerarse heredera inevitable del proceso por voluntad de Perón (noviembre del '72 a julio del '73), interpretando todos los enfrentamientos con éste por la teoría del cerco, a plantear el conflicto con Perón frontalmente, confundiendo su proyecto con el de la extrema derecha proimperialista. La « conducción » oscila así — por su falta de experiencia en el movimiento y su ausencia de memoria histórica, por su origen no peronista — del peronismo mágico de los recién « agglomerados » al cuasi — gorilismo izquierdista del cual proviene.

A la muerte de Perón, el 1º de julio de 1974, el peronismo que queda en el gobierno expresa por lo

menos dos proyectos: el del ala proimperialista encabezada por López Rega, y lo que subsiste del formulado confusamente por Perón, formalizado en la alianza entre el movimiento obrero institucional y la burguesía nacional. Este último proyecto es jaqueado desde el llano por las exigencias de la izquierda peronista encabezada por la Tendencia y conducida por los montoneros que, además, se enfrenta violentamente con la extrema derecha lopezreguista. Esa izquierda peronista era, mayoritariamente, de extracción pequeño burguesa (alguien definió el 25 de mayo del '73, aludiendo a la composición social de la multitud reunida en la Plaza de Mayo, como el « 17 de octubre de la pequeña burguesía »).

Organización revolucionaria y transformación revolucionaria, dos cuestiones que no pueden plantearse separadas en el peronismo.

La clase obrera, aparte de votar unánimemente al peronismo, ¿cómo se expresaba, en el sentido de organización política dentro del movimiento? De una forma muy imperfecta, a través de la conducción oficial del movimiento obrero. Ese « expresarse imperfectamente » era el problema central a resolver para una organización revolucionaria, que se planteaba seriamente avanzar en la « transformación y unidad » del movimiento peronista. Esta era la cuestión, y no, ponerse a construir una organización absolutamente centralizada y militar sin ninguna incidencia orgánica, real, en la clase obrera. Se puede hacer un « foco » con diez, o intentar hacerlo con cien mil; lo primero, se hizo antes del '72; lo segundo, se intentó después del '72. La incapacidad para formular una política de alianza concreta con el movimiento obrero o, por lo menos con las expresiones con las que efectivamente la Juventud y la Tendencia, en conjunto, habían coincidido para la política del retorno de Perón, provenía fundamentalmente de la ausencia de proyecto. Esta orfandad teórica de la « conducción » era lo que le impedía sentarse a discutir la alternativa de una política en común, que hubiera representado para la Tendencia la posibilidad de instalar sus propuestas en la clase obrera. La literatura de la O.P.M. de ese período, documentos internos y publicaciones, dan testimonio de la veracidad de esta afirmación.

De esta forma, Firmenich y su grupo recién descubren el problema de la unidad del movimiento peronista como problema central para una estrategia revolucionaria en la Argentina, cuando sus fuerzas organizadas ya han sido destruidas.

2 — El problema de la unidad del movimiento peronista

La resolución definitiva al problema de la unidad es una consecuencia de la resolución del problema de la transformación y no al revés, como plantea Firmenich. Esto es cierto en tanto comprendamos que la transformación revolucionaria del peronismo pivotea, específicamente, sobre la práctica concreta de sus bases, y sobre, la necesidad de avanzar en la construcción de formas organizativas a través de las cuales esta práctica revolucionaria encuentre modalidades de representación orgánica. Esto es lo que la conducción de Perón, aún en forma contradictoria, contenía.

Hoy, la única forma de plantearse la resolución de esta cuestión es avanzar en la construcción de la organización política que represente orgánicamente a la clase obrera peronista.

En cómo se plantee la resolución de esta unidad dialéctica de « transformación y unidad », está la clave del problema. Por eso afirmamos categóricamente que todo intento de hegemonía a priori es contrarrevolucionario, ya que este proceso, para poder llevarse a cabo, debe ser inexorablemente democrático, por otra parte, el movimiento peronista debe buscar resolverlo en el llano, del que no podrá salir si no lo hace. Volviendo al análisis histórico, observemos que la conducción del movimiento obrero institucional también se equivocó gravemente al aceptar aliarse — por lo menos hasta mediados de 1975 —, con la extrema derecha lopezreguista, y que se demostró impotente también, tanto como para definir seriamente un proyecto, como para resolver su crónica crisis de burocratización. Con este panorama, las bases del desastre estaban echadas.

El proceso de lucha interna se transformó en un enfrentamiento en el que, por un lado, es cierto que el gobierno traicionaba en los hechos el programa votado por millones; pero también es cierto que nosotros nos convertimos en opositores armados de un gobierno que era la sucesión constitucional del que habían votado esos mismos millones. No nos autocriticamos aquí de la autodefensa frente a la Triple A; lo que criticamos, es el error que le impidió a la « conducción » encontrar la clave para frenar el terror lopezreguista y tratar de salvar el proceso. Lo podemos decir porque algunos de los firmantes de este documento se lo señalaron en aquel momento a la propia « conducción ».

O es que la crisis del sistema capitalista dependiente, que se declara « definitiva » en los documentos oficiales de la OPM de 1976, no estaba ya prefigurada en 1974 ?. Era obvio que, para los militares, fieles ejecutores de los designios oligárquico — imperialistas, la estrategia era agravar el deterioro del gobierno al máximo para desprestigiar a todo el peronismo, buscar su fragmentación y, finalmente, aprovechando el descontento popular que congelaría cualquier reacción, dar el golpe.

La clave era una política que permitiese lograr la unidad con el movimiento obrero, como paso inevitable para avanzar en la construcción de la organización política de la clase trabajadora. Una política no sectaria ni hegemónica, y que pivotease fundamentalmente sobre la movilización de masas. Porque era menester

desnudar el carácter proimperialista de la política económica que se quería imponer, es decir, su carácter antiobrero, o sea antiperonista, como se logró hacerlo con el « Rodrigazo ». Pero para poder hacer esto, el eje no debía haber sido la guerra, la lucha armada, porque ésta diluía, definitivamente, la única posibilidad de aclarar el enfrentamiento de cara a las masas logrando así su participación. Es que estando obscura la identidad política — todos éramos peronistas —, era importante subrayar la identidad de clase, que es la que define el verdadero carácter revolucionario del peronismo. Es por esto que el « Rodrigazo » es el único momento de todo este período en que el peronismo montonero vuelve a reaparecer con su representatividad incrementada (*1). En torno a esta realidad debe girar, como hemos dicho antes, toda propuesta de transformación del movimiento peronista. La elección del enfrentamiento armado como el terreno principal para dar esta lucha, resultó un error fatal e irreversible, ya que se renunció a hacer avanzar el conflicto sobre la acción de masas, que quedaron al margen de éste y, progresivamente, tendieron a desmovilizarse.

Nosotros estamos convencidos de que esta elección errada no fue fruto de la casualidad, sino hija de dos cuestiones, que constituyen el auténtico origen histórico del fracaso actual, en el que naufraga la O.P.M. Las desarrollaremos en los dos puntos siguientes.

3 — Una respuesta incorrecta al problema de qué organización revolucionaria construir y cómo hacerlo

El fracaso de esta « conducción » se debió no sólo a que no tenía un proyecto, sino también a que demostró una impotencia absoluta para construir política y organizativamente en el espacio de representatividad que tenía la Tendencia. Esta impotencia está ligada fundamentalmente a la irrepresentatividad del puñado inicial, que decidió conservar todo el poder, con el resultado de que paulatinamente lo fue perdiendo todo y por el fracaso sucesivo de los métodos que empleó para resolver el insoluble problema de intentar conducir un vasto espacio de masas en forma antidemocrática y, para colmo, desplazando a quienes lo habían convocado.

El ingenio burocrático se superó a sí mismo: La teoría del « jetón », el ventrilocuismo, el apriete por el aparato, la imposición de jerarquías secretas, las dobles pirámides de conducción, la utilización hasta el agotamiento de la mitología del combatiente, para justificar auténticos incapaces en la conducción. Todos los recursos fueron empleados, y más o menos funcionaron en la etapa que nosotros denominamos de la convergencia (1971-1974). Pero cerraron toda posibilidad de crecer y luego, progresivamente, fueron desgañando la organización, proceso que se dio, primero, en los llamados frentes de masas (J.P., J.T.P.,

(*1) Cuando más atrás en este documento decíamos que este acierto fue un mérito de las conducciones de columna, hacemos referencia a un fenómeno interno: éste era el nivel más alto al que podían llegar la problemática y los reclamos de las agrupaciones sindicales y barriales, y eso lo salvaba de la « demencia del bunker », que comenzaba a afectar progresivamente a Firmenich y sus amigos.

J.U.P., etc.) y, luego, en la propia estructura de la O.P.M.

A esto se agrega la incompreensión acerca de la naturaleza del proceso que se vivía en el país, y su lógica consecuencia: los errores de conducción, fatales e inevitables, porque el aislamiento, la ignorancia y la baja calidad política de los cuadros que se iban ubicando en la cúspide de la pirámide, era el precio que el grupo de Firmenich pagaba por conservar su hegemonía. Así se entiende lo del « vicio de origen » al que nos referimos en el comienzo de este documento.

En esta situación es que hay que rastrear la concepción de la « hegemonía de aparato » que dispone de las representatividades populares a las que convoca para que le aporten espacio político cuando el desastre resulta inminente, pero que las ignora a la hora de elaborar el proyecto político. Esta concepción elitista del llamado partido de cuadros — en el que, como queda demostrado por la experiencia hasta ahora realizada, ni los cuadros son cuadros ni el partido es partido — contiene la idea de la organización de masas como una mediación entre lo que sería la « verdadera » organización revolucionaria y las masas. Antes lo intentaron con el modelo de la O.P.M. y los frentes de masas; hoy buscan formalizarla con la pretensión del « partido » y del M.P.M.

Nosotros sostenemos que esta concepción, falsamente leninista y profundamente antidemocrática, está definitivamente agotada con la experiencia realizada.

4 — La violencia utilizada para resolver las contradicciones en el campo del pueblo y como herramienta para lograr la hegemonía

Esta « conducción » sostuvo, desde el comienzo, una concepción incorrecta del tratamiento de las

contradicciones en el campo del pueblo, tendiendo a plantearlas regularmente como antagónicas, con lo que confundió trágicamente los campos porque ya no se sabía dónde estaba el enemigo, y dónde los amigos.

El paso siguiente a plantearlas como antagónicas, fue, inevitablemente, el de tratar de resolverlas recorriendo el camino más corto, es decir, recurriendo a la violencia. Además, esta decisión tenía para la « conducción » otras « ventajas »: le ahorraba la fatigosa tarea de hacer política y se compadecía con su visión antidemocrática de la construcción del poder; no hacía falta convencer a nadie de lo justo de la posición que sostenía, era más fácil eliminar al que sostenía la posición contraria.

El resultado de este método fue que se pavimentó el camino a los militares en su labor de aislar a la O.P.M., porque la torpeza fue convenciendo progresivamente, a las fuerzas del Frente, que ésta constituía un peligro para el conjunto.

Dentro de la misma concepción nacieron y se desarrollaron una teoría y una práctica de la construcción de la hegemonía en el propio movimiento peronista que no son ajenas al origen de clase y al origen político de los primeros integrantes de la O.P.M., es decir, pequeña burguesía no peronista. Teoría y práctica que recorrieron una parábola trágica: del idealismo pequeño burgués que con una ametralladora iba a resolver el problema de la burocratización del movimiento obrero, a la parodia de tribunal que, al condenar a muerte a los autores de este documento, desnuda definitivamente la política del gatillo fácil con la que Firmenich pretende construir su hegemonía, convirtiéndose por su impotencia en la contrafigura trágicomica de Videla, con el cual coincide en uno de sus objetivos más deseados: asesinar al peronismo montonero en algunas de sus figuras más representativas.

VI — NUESTRO PRONUNCIAMIENTO FAVORECE AL CAMPO POPULAR

1 — No hay división en las fuerzas populares

Nosotros somos consecuentes con la política definida en la convocatoria a la formación del M.P.M. Contra el remanido argumento que nuestro pronunciamiento dividiría las fuerzas populares — argumento falsamente unitario que encubre la pretensión de que esa « unidad » se dé en torno a su política y bajo su conducción — nosotros afirmamos : no hay división a nivel de masas porque la política de la « conducción » no tiene ninguna inserción en las masas, ni expresa las expectativas de las bases del peronismo montonero de las que se apartaron al abandonar la propuesta original del M.P.M., y de las que se separan definitiva e irreversiblemente con la aventura reaccionaria que bautizaron « contraofensiva ».

El error central que subyace en todos sus últimos planteos, así como el origen del irritante providencialismo que los lleva, por ejemplo, a considerar su preservación como el valor más alto a guardar, proviene de un punto de vista del que luego de varios años de ejercicio omnímodo del poder interno han llegado a convencerse. Este punto de vista podría resumirse así : la conducción de la O.P.M. es el centro de gravedad del proceso revolucionario argentino. Ni que este auténtico disparate fuera cierto, se justificarían todas las monstruosidades cometidas, empezando por la estructura monárquica de la O.P.M. y la farsa del M.P.M. Estructura monárquica encubierta con el simple artificio de llamar a las cosas con otro nombre, así : « partido » a una organización para-militar, « Comité Central » a un Consejo consultivo, « secretario general » al jefe, etc.

¿Qué hacer ?

Demostrada la falsedad de lo que antes denominamos punto de vista, se nos planteó qué debíamos hacer los revolucionarios montoneros, que conscientes de la situación decidimos asumir las responsabilidades, plantear nuestras diferencias, formular nuestra auto-crítica y continuar la lucha. Lo primero era la ruptura de su pretendida hegemonía, lo segundo la cruda descripción de la crisis interna, dejando definitivamente sentado por qué el M.P.M. ha dejado de ser una alternativa para la reorganización del peronismo montonero, y lo tercero, finalmente, el rescate de la práctica revolucionaria realizada, al tiempo que se fija claramente un objetivo : proveer al desarrollo de la organización democrática del peronismo montonero.

La disyuntiva que se nos presentó fue la siguiente : los montoneros son una corriente sintetizada en una tradición revolucionaria — que esta « conducción » quiere bastardear con su oportunismo —, y un espacio político de masas construido por todos y cimentado por el sacrificio de miles de compañeros, espacio que puede ser convocado y organizado. O, los montoneros son menos de un centenar de cuadros de dudoso nivel que deben ejecutar sin chistar la política decidida por cuatro y algunos millones de dólares.

La reflexión que se imponía era : más dinero tiene la oligarquía argentina, más armas tiene la Junta Militar, y en fin, aparato por aparato mejor y más aparato tienen otras fuerzas políticas.

Nosotros estamos convencidos de que lo determinante para la victoria es la posibilidad de convocar y organizar el espacio político de nuestra corriente. Esta posibilidad es únicamente factible a través de una política democrática, que es, precisamente, la que la « conducción » no quiere, ni puede hacer.

2 — Nuestro pronunciamiento libera las potencialidades revolucionarias del peronismo montonero

Esa política democrática de la que hablábamos más arriba es la política que hemos decidido hacer desde nuestro pronunciamiento del 22 de febrero. Desde éste, invitamos a todos los compañeros a autoconvocarse como paso previo a avanzar hacia la construcción de un Peronismo Montonero Auténtico. Cuando hablamos del peronismo montonero auténtico, lo hacemos porque la « conducción » ha desnaturalizado, doblemente, a la corriente revolucionaria que Montoneros representó : por un lado, al pretender sacarla del movimiento peronista, y por el otro, porque su hegemonismo se traduce en que en el grueso de los casos, quienes aparecen como montoneros, son advenedizos sin ninguna práctica revolucionaria concreta. Y ésta sí, es la « última etapa », pero de la descomposición.

Hoy los auténticos montoneros no están en las estructuras conocidas como P.M. o M.P.M., retomando lo mejor de la tradición de la rebeldía montonera, convocamos a construir el Peronismo Montonero Auténtico.

Estamos convencidos que así como los malos peronistas no terminaron con el peronismo, los malos montoneros no terminarán con el montonismo.

Más allá de los que pretenden tener la « marca

registrada » como de los que pretenden verlo sepultado, el montonismo expresa una corriente revolucionaria viva en el seno del pueblo peronista ; a su organización democrática estarán consagrados nuestros esfuerzos.

La legitimidad o no de quienes están en esta lucha para hablar en nombre del peronismo montonero, la remitimos a la representatividad que cada cual sea capaz de acreditar frente a las masas en la Argentina y a nuestra práctica concreta pasada y presente.

No incurriremos en el vicio de llamar traidores a quienes no compartan nuestras posiciones aún dentro de la corriente del peronismo montonero. Reivindicamos el derecho a exponer nuestra posición libremente, discutiremos en pie de igualdad con todos los compañeros porque somos de los que creemos en la polémica franca frente a las masas como correcto método democrático para saldar las diferencias entre revolucionarios.

9 de Junio de 1979